

LAS VICTIMAS



Los usuarios que llegaron ayer a Atocha por las únicas dos vías en servicio contemplaban al pasar los restos del tren reventado el día anterior. / AP



Un grupo de escolares se manifestó de forma espontánea sobre las vías de Alcalá. / ALBERTO CUELLAR



El atentado disuadió a más de la mitad de los pasajeros habituales de coger el tren en Alcalá. / ALBERTO CUELLAR

ISABEL LONGHI-BRACAGLIA
MADRID.- Las 7.00 en el reloj, sobre las vías. Otra vez. Y las nubes. Otra vez. Y el tren. Otra vez. Pero nada es igual. Lo dice la gente con su mirada. Y con su ausencia. La estación de Alcalá de Henares, allí donde la policía cree que entraron los terroristas con las mochilas de dinamita que reventaron el corazón de la ciudad, nunca volverá a ser igual que 24 horas antes. Como Madrid una masacre después.

Empieza a amanecer bajo una fina lluvia y, sin embargo, no parece comenzar un nuevo día en el inicio del trayecto del tren. Apenas ha habido noche para nadie. Difícil conciliar el sueño con el horror golpeando la memoria. Es temprano. También para dejar de pensar en que cualquiera de los que aguarda en el andén podría no haber estado allí ayer. Como todos los que no volverán.

«Se te hace un nudo en el estómago». Habla sin ganas de hablar una mujer que lo cuenta todo con los ojos. Baja los párpados y asiente con la garganta a punto de desbordar el llanto. Sí, ella también estuvo el jueves fatal en el mismo lugar, pero tiene que seguir adelante. «¿Miedo? Claro, pero si no hubiera venido hoy, habría tenido que venir mañana y después... La vida no se detiene».

Reflexiona a punto de que se abran las puertas de los vagones. A punto de emprender un viaje que se hará más largo de lo normal, aunque a la fuerza será más corto. Porque

Regreso al 'tren del miedo'

Algunos de los viajeros que vivieron las explosiones repitieron ayer el trayecto desde Alcalá de Henares con la congoja en el cuerpo

ayer ningún tren llegaría hasta Atocha. Ni hasta Santa Eugenia. Ni hasta El Pozo. Los únicos trayectos posibles desde Alcalá de Henares terminaban en Vicálvaro o en Chamartín, y hasta esta última estación el convoy circulaba sin detenerse desde San Fernando, esquivando los tres lugares bañados en sangre.

Silencio infinito

Apenas unas decenas de viajeros dispuestos a vencer la tristeza en medio de un silencio infinito. «Hay mucho menos de la mitad de gente que habitualmente», confirma la taquillera. Tantas mañanas siempre los mismos, rostros somnolientos sin nombre que se reconocían cada día como parte de un grupo, los que madrugaban para ir a trabajar. Ayer, también se miraban, pero de reojo y como parte de otro grupo, el de los supervivientes que resultaron ilesos.

Se lo recuerdan las trágicas fotos de los periódicos que la mayoría lleva entre sus manos. O las preguntas que han tenido que contestar al en-

trar a la estación. Como en las películas: un agente de paisano se acerca discreto y muestra su placa del Cuerpo Nacional de Policía.

— ¿Vio ayer a alguien que entrara con una mochila en el tren y volviera a salir sin ella?

— ¿O a alguien que dejara pasar algún tren, como si esperara otro?

— ¿O a alguien que en los últimos días pudiera estar por aquí observando, mirando mucho el reloj cuando llegaran los trenes?

Ni una sola referencia a los rasgos de los desconocidos. En los andenes, dos cámaras de videovigilancia. Irremisiblemente la vista se desvía hacia las escasas mochilas de los pocos jóvenes que ocupan los asientos. Sin prejuicios. Sin argumentos.

Como cuando se le pregunta a un marroquí, sentado ya en el mismo tren, si cree que puede perjudicarlo la posible relación de Al Qaeda con las explosiones: «¿Por qué? Ellos son malas personas y yo sólo quiero trabajar y vivir en paz», responde Mustafá, obrero, 33 años y el jueves, demasiado dormido para

coger el tren de todos los días, el que reventó al llegar a Atocha.

En ocho minutos, primera parada: Torrejón de Ardoz. El único ruido procede del traqueteo sobre las vías. De nuevo se abren las puertas. Casi para nadie. De nuevo, las miradas de reconocimiento. Los ojos de duelo. El silencio del respeto. «Yo iba en el tren que estalló, pero una llamada de

«Iba en el tren que estalló, pero una llamada me salvó. Mi jefe me hizo bajar unas paradas antes»

télefono me salvó». Johan, 29 años, peruano, le debe tan buena fortuna a su jefe. «Iba hacia Atocha a trabajar en una empresa de ascensores, pero me llamó el jefe y me dijo que me bajara en Vicálvaro para recoger unos cables». Sólo una parada antes de Santa Eugenia. Tres para El Pozo. «Sé que ahora podría ser yo quien

estuviera en el hospital, o peor. Siento alegría por eso, miedo por lo ocurrido y pena por las víctimas».

No es fácil aliviar la indigestión del horror. Cuanto más cerca, peor. Lo sabe bien Mari Carmen, la enfermera que acaba de sentarse junto a la puerta del vagón en la estación de San Fernando. Ayer en el tren correcto y el jueves, por error, en el que saltó por los aires. «No era el mío, pero perdí el anterior y no quise esperar al que me lleva hasta Ramón y Cajal. Pero tampoco me habría salvado de vivir aquello porque habría sido el que pasó por El Pozo».

Después, el estruendo. La huida. La sangre. Su intento de ir al hospital en el que trabaja a echar una mano. La noche. Ella sin heridas. Y la mañana siguiente. «Somos trabajadores, tenemos que ir a trabajar y éste es el medio de transporte para llegar», convencida la mujer de 46 años con la vista nublada de lágrimas.

De repente alguien mira su reloj. El efecto dominó es inmediato. En la esfera, las agujas marcan las 7.35 horas. Y todos parecen saber que ese momento, que hasta el jueves era una señal para cumplir su horario laboral, es y será el momento del terror. Hoy [el viernes] sin terminar su recorrido habitual. 7.40: Chamartín, final de trayecto. El lunes casi todos volverán a encontrarse en el andén de la estación de Alcalá de Henares, en el lugar del que partió el tren de la muerte. Esta vez hasta Atocha. Otra vez.